Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 22

San José, Costa Rica **1926** Sábado 11 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Las florecillas de Fray Mamerto

Por Luis L. Franco

=De *La Prensa*. Buenos Aires=

I

El horizonte en parte amurallado de colinas que a ciertas horas se tiñen de cielo como un lago; viñas, higueras, algunos olivos, naranjos; álamos y acequias que tienen un rumor gemelo; tapias, setos, rastrojos. Burritos grises como palomas; palomas, zorzales de gay trinar. Gentes sencillas, la mayoría labriegos. Tañer evangélico de campanas. Y todo embanderado de un cielo azul patrio. Eso es Piedra Blanca.

Vive allí una pareja joven. Labradores. María, la esposa, que va a ser madre, está temerosa y sin embargo alegre; alegre, porque ella, que no consintió en desposarse sino cuando una voz de esperanza le auguró que uno de sus hijos se consagraría al altar, oye ahora que el varón de Dios le dice: «Tu hijo no será arzobispo como Antonio de Florencia, pero sí obispo como Mamerto de Francia». Y las palabras suenan como la salutación de Gabriel. Y al otro día la criatura viene al mundo, pero tan desmirriada, que temiendo que la muerte no de tiempo, la bautizan de priesa. Y por cien días el respiro de su cuerpecillo ardido de fiebre, es un gemido y su anímula está pronta a volar... Hasta que su madre jura consagrarlo en doña a San Francisco de Asís. Y he aquí que el infante se salva.



Fray Mamerto Esquiú
1826 - 11 mayo - 1926

En mayo pasado, celebró la República Argentina el Centenario de este insigne fraile franciscano

A los cinco años no cumplidos viste el hábito del Pobrecito. Y viste también de obediencia, y es manso de corazón y muy humilde de ojos, bajo el gran árbol casero, entre su madre, que hila y su padre que labra.

A los siete años aprende a leer. Va a la escuela con su capilla calada, y por estudiar su lección «tropezando en las piedras». Y junto con sus años, van creciendo su saber y su gracia.

Un día, recogiendo leña en el bosque, un terror hirsuto como un lobo se apodera de él, y huye como un cervatillo. De la casa la madre sale a recibirlo en sus brazos, espantada. «Tengo miedo, tengo miedo... No sé... no sé..., ¡tengo mucho miedo!»

«Ah—dice la madre tristísima, iluminada de pronto,—mis días están ya contados... ¡El Señor me llama!» Y en llanto infinito llora todas sus lágrimas sobre la cabeza de su hijo.

Siete días después el niño queda huérfano.

El padre es viejo y pobre, y lleva a su hijo a la casa de los pobres de Asís, en Catamarca. Y el chicuelo de ojos bajos y corazón alto y de ingenio clarísimo, se gana el amor de todos. La oración es su pan y el estudio su agua. Y se deja llevar por la obediencia como un ciego por su perrillo, sintiéndose el

último de todos y lleno de buena voluntad. Y su saber, que crece luminoso, se viste de la candidez de su corazón como el molino de la harina que muele. Toda su vida es como una cotidiana alabanza del Señor.

Pero aquellos son años terribles para la patria. Los pueblos han echado toda ley a la espalda: el comer y el trabajar, el acostarse y el levantarse son inquietud y zozobra. ¡Oh Isaías! Falta «el freno de Dios en la quijada de los pueblos». Todo el suelo nativo pisoteado como una era; las ciudades violadas como mujeres. Y un tirano, mucho más ogro que Nabucodonosor y Herodes, durante un cuarto de siglo se empapa de sangre de hermanos como un pisador de mosto y cubre todo el suelo patrio de sangre como de agua de riego. En la plaza de Catamarca, a una cuadra del convento, un día se amontonaron como sandías seiscientas cabezas de mártires que han tenido la muerte del Bautista.

Pero aquello cesa al fin. El país casi agonizante, después de tamaña sangría, busca ansiosamente la salud. Paz, orden; se suspira. Y se crea la ley, la Constitución. Y cuando en todos los pueblos argentinos se le jura obediencia, en el último de ellos un fraile desconocido sube al púlpito para darle la palabra de bienvenida: *Laetamur de gloria vestra*. Invoca a Dios «sobre su corazón y su lengua». Evoca los horrores pasados. «Quimera con melena de león y fuerzas de insecto», eso ha sido el pueblo sin ley. Pero el gran día le parece «semejante al día memorable de los israelitas, cuando después de setenta años de cautividad, saludaban por primera vez su patria desierta». Quiere que la Constitución «sea para la Nación un ancla pesadísima a que esté asida esta nave». Y su exhortación sacerdotal es: obedeced la ley.

Hay tal intelecto de amor en sus palabras, su voz es tan profunda, que la oye toda la patria.

Ese es Esquiú. Su nombre ya está en todas las bocas. Pero él sigue en su convento su vida de austeridad, de humildad, de renuncia, de oración, estudiando, enseñando, predicando, escribiendo, aconsejando.

Maestro, suprime los castigos corporales. Ayuda a hacer la ley. Aconseja a los gobernantes.

Ni admoniciones ni cárceles—dice, hablando del atraso del pueblo:—educación.

Pacifica las rencillas y encono de la prensa local. La sociedad le parece «de mucha hiel y poco corazón».

«Siempre serán necesarios tu locura, tus amores y tu invicto pecho», saluda a don Quijote. Se sobrenombra como él El Caballero de la triste figura. Y lo ama sobre todo, porque dejando las ociosas plumas va en ayuda de los cuitados. Da consejos caseros. Hay que madrugar. Hay que combatir también «esta pereza que nos mata». El amor, él lo quiere mozo y sano: el casamiento de dos viejos, el de una joven con un viejo, el de un joven con una vieja, los reputa inmorales.

Por la poesía, que como el cedrón de sus cerros, es buena para el corazón, ruega: «Ved si podéis infiltrar en la vida una vena siquiera delgada de poesía». Pero no la quiere «sensual ni cruel, sino del espíritu y de la naturaleza».

De tarde en tarde, lanza su gran voz desde el púlpito.

«¡Ah!—exclama en la dedicación de un templo tucumano.— Un cierto espacio rodeado de muros levantados por la mano del hombre no es sitio bastante para Aquel que extendía las magnificencias de la creación como si desplegara las hojas de un libro».

Pero una congoja oculta lo trabaja.

Predicando otro día en Catamarca, ruega a sus oyentes: «Pedidle a Dios que destruya la ruín hinchazón del orgullo. Pedid a Dios, para su gloria y nuestro provecho, que me dé esas palabras sencillas con que los obreros evángélicos han sembrado la fe en todas las naciones».

Frisa ya en los treinta y cinco años y se halla aún «por comenzar la carrera de la virtud». La soledad de su vida le hace ver en su pasado sólo remordimientos y en lo porvenir sólo terrores.

¿Qué es lo que pone en su corazón corona de espinas? ¿Acaso teme que los honores y halagos del mundo le enajenen el alma? ¿O es aflicción jeremíaca ante su patria nuevamente ensangrentada?

Va a dejar su convento, su ciudad y hasta ese pueblo «que ha sido y es el segundo amor de su vida». Quiere trocar la soledad estricta de la celda por la soledad inmensa del desierto: isla de soledad, por mar de soledad.

Y se va con su sandalia y su bordón misioneros camino del convenro franciscano de Tarija.

Allí la vida es de austeridad recia: silencio, ayuno, desnudez, oración. Y el misionero pasa cuatro meses cada año en las reducciones del bosque donde se oficia en capillas hechas de troncos de árboles, y en nombre de Jesús se hace guerra de paz y de amor a los indios chiriguanos, feroces como jaguares. Sólo de cuando en cuando hay reuniones en la sala común del convento para enseñarse mutuamente los vocablos de los dialectos indígenas que es preciso aprender. Y los días y los años pasan iguales, siempre iguales, y las vidas de los frailes son tambien idénticas como las hojas del mismo árbol. Se vive en el más remoto olvido del mundo. Sólo en una ocasión un compañero de celda pregunta a fray Mamerto: «Dígame, padre; ¿ha oído usted hablar de un padre Mamerto que se hizo célebre con algunos sermones y al que le ofrecieron una mitra?» Pero por orden superior el misionero catamarqueño tiene que dejar el convento para ir a Sucre. Allí combate por la prensa. Allí su palabra y su fama atraen a las gentes con éxito casi mundano que martiriza su pía humildad. Y así, cuando baja del púlpito y todos lo buscan para felicitarlo, él sabe esquivarse y allá se va a preparar su desayuno en la cocina.

Un día Felipe Varela, último de nuestros montoneros, arrojado del país, llega a Sucre. Pero su renombre siniestro le llena de espinas el camino, y en las calles lo mofan con escarnio. Busca entonces la buena sombra; fray Mamerto es su compatriota, y le escribe una carta. Varela es un alma anochecida de crimen. Varela ha sembrado muertes en toda estación, ha violado hogares y templos, ha merecido maldición de la patria. No importa: ahora es sólo un desvalido y por eso él va a contestarle. Pero un compañero suyo—corista joven y bisoño en la virtud—se indigna: «Comunicarse con un facineroso que ha deshonrado a la patria, es no ser argentino». Y abandona la celda. Por dos veces fray Mamerto lo manda llamar y por dos vecees aquél se niega a venir. Entonces él, llevando un mate cebado por su mano, se va a la celda del inflexible:—Hijo mío, perdóneme si lo ofendí; le prometo que no haré eso. Y por ahora le suplico que vayamos a mi celda a tomar nuestro matecito—dice ofreciéndole el que tiene en la mano».

Pero la soledad lo llama de nuevo. Vuelve a su convento de Tarija. Y allí, un día entre los días, recibe una cubierta... ¡Adentro viene su nombramiento de arzobispo!... Entonces fué la cosa sublime: el fraile-

cito no acepta la tiara. «El apóstol manda: el obispo debe ser irrepensible. Y mi conciencia me dice, con una voz que en vano quisiera acallar, que no tengo esa irreprensibilidad indispensable».

Y eso es todo. ¿Para qué más? Acaso sólo le queda un resquemor: el que pudiera ser tenida por simulación farisaica su sinceridad entrañable. Y nombrado limosnero de su Orden, se va en peregrinación al Perú.

Una noche en que el frío y la fatiga lo mimbran, llama a la puerta de un convento.—«¿Quién?»—«Un pobrecito fraile peregrino que pide hospitalidad...» Pero sin duda, a causa de la hora, el portero desconfía. El caminante repite su ruego. Inútil. Lo admiten sólo al día siguiente. Cuando el padre guardián conoce su nombre, vuela afligido a pedirle disculpas. Mas, no obstante su viva insistencia, el peregrino se niega a cambiar por otra la ínfima celda en que lo alojaron, favor que agradece otro vez con humilde contento.

Pasa después al Ecuador. Y por todas las tierras donde anda, lirios de simplicidad florecen bajo sus pasos.

Pero se renueva en su corazón una vieja ambición santa: peregrinar a la tierra de Jesús y los Profetas.

Antes quiere volver a su patria, y un día, después de doce años de ausencia, golpea las puertas del convento que fué su hogar.

La provincia revisa las tablas de su Ley y se impone que su hijo amado la consagre con su palabra.

Sube al púlpito. Todos los ojos quieren verlo, todos los oídos escucharlo. Viste su sayal, pardo como el asno que llevó en sus lomos al Puro, o como los senderos de su aldea; pero él es alto y hermoso; la frente ancha como diestra de sembrador; los ojos del color del moscatel, la uva que da el vino más cordial y aromoso, e iluminados por la nostalgia de la patria seráfica; la boca, purificada por la brasa de la verdad, que echa aquella voz sonora del gran pecho; y toda la expresión abierta como una mano que da... Su elocuencia, como los querubines, vuela ahora con tres pares de alas, y alcanza así su remonte más celeste. Oíd, que ha hundido su mirada en el misterio de la vida y acorrala ahora al hombre: «Poned a la vista del nuevo titán una semilla de yerba, el insecto que pisáis, y preguntadle: ¿qué es aquello que vive en ese átomo? Tú te paseas por las alturas del cielo y registras las profundidades de la tierra: ¿podrías decirme lo que hay en un grano de trigo, y por qué brota, y cómo se multiplica en cien granos, y cada uno de éstos en otros cien más, tantas veces cuantas primaveras han pasado desde que se cultiva sobre la tierra? ¡Oh, dime lo que es la vida, prodúceme una sola semilla, un solo insecto, y yo caigo de rodillas delante de ti y te adoro por mi Dios!»

Es también la época en que peregrinos de toda la provincia y de distintas partes de la República vienen al santuario de la Virgen del Valle, como los de Judea y Galilea al templo de Jerusalén... La Virgen negrita y poética, rústica y milagrosá... ¡Con qué fervor y sencillez de amor, con qué lengua de leche y de miel el misionero de Tarija habla de ella! «Se llama «del valle» como la azucena bíblica: *lilium convalium*. Este lugar felicísimo ha llegado a dar a la Virgen su propio nombre». La llama «iris de la esperanza», «madre del amor hermoso», y recordando que lo oyen labradores, «piadosa Ruth que va recogiendo una a una las espigas en este campo de su amor».

¿Para qué hablar de sus milagros? Los conocen todos. Ella es para sus hijos buena como una madre, pero es preciso que ellos no olviden «que los cariños de una madre no son siempre prueba del mérito de sus hijos, sino más bien de su debilidad y pequeñez».

Y un día se va a la Palestina. Al pasar por Roma llega a postrarse ante el Papa, que ve como a varón de los días apostólicos al fraile que no quiso ser arzobispo, y arriba a Tierra Santa. Y como a los Cruzados del Tasso

Ecco appavir Gierusalem se vede

Jerusalén, superviente aun de sus diez y siete ruinas sucesivas.

Pide al llegar la bendición del padre Custodio y en la iglesia del Santo Sepulcro permanece quince días, en un cuartucho que nadíe ocupa, macerando su cuerpo en la vigilia y el ayuno, y su alma en la contrición y la plegaria. Lo nombran capellán de la Gruta de la Agonía—¡glorias como éstas son las únicas a que aspira en la tierra!—y se hace amar hasta del judío y del musulmán... Los leprosos que imploran su caridad, obtienen también su amor—que es como pedir un pan y recibir un diamante—Y un día —sin duda el de su mayor dicha sobre la tierra,— su humildad y su dulzuaa consiguen una gracia única: ofrecer el sacrificio incruento en el cenáculo donde el Hijo del Hombre creó el misterio maravilloso, diciendo del pan: «Tomad y comed, esta es mi carne»: y del vino: «Tomad y bebed, esta es mi sangre».

Después se embarca en Jafa para San Juan de Acre. Llega al templo del Carmelo, el monte cuyos huracanes inclinan como hierbas los árboles de su falda, y cuyos truenos redoblan como un tambor fúnebre: allí está la gruta de Elías, el enviado de Dios, espanto de pueblos y de reyes con su voz y su presencia de león, el profeta que un día degolló al pie de su monte cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, el Dios falso.

En una jornada del viaje cae con su compañero en manos de un beduíno que los azota brutalmente, y al escapársele a aquél un ¡ay! de dolor, lo consuela recordándole los tormentos sin igual de Jesús.

Y llega a Nazaret. Pasa casi un mes en la iglesia construída donde fué la casa de la Santa Familia. Ve la Fuente de la Virgen, la única de la villa, donde María, de juro, vino con su cántaro por agua.

Catamarca, julio de 1926.

El consuelo de la tarde

Tarde azul, enternecida
de primaveral ventura,
tarde tan clara y tan pura,
que consuela de la vida.

Tarde gris, dulzura inerte
que del otoño se apiada.
Tarde tan quieta y callada,
que consuela de la muerte.

Tarde de oro adormecido,
que toda inclemencia alivia.
Tarde tan blanda y tan tibia,
que consuela del olvido.

Tarde que en el esplendor
de rosas y labios arde...
¡Cuándo llegará la tarde
que consuela del amor!

LEOPOLDO LUGONES

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

El descontento y la promesa; en busca de nuestra expresión

Por Pedro Henríquez Ureña

Haré grandes cosas:
lo que son, no lo sé.

Las palabras del rey loco son el mote que inscribimos, desde hace cien años, en nuestras banderas de revolución espiritual. ¿Venceremos al descontento que inspira tantas rebeliones sucesivas? ¿Cumpliremos la ambiciosa promesa?

Apenas salimos de la espesa nube colonial al sol quemante de la independencia, sacudimos el espíritu de timidez y declaramos señorío sobre el futuro. Mundo virgen, libertad recién nacida, repúblicas en fermento, ardorosamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habían de crearse nuevas artes, poesía nueva. Nuestras tierras, nuestra vida libre, pedían su expresión.

La independencia literaria

En 1823, antes de las jornadas de Junín y Ayacucho, inconclusa todavía la independencia política, Andrés Bello proclamaba la independencia espiritual: la primera de sus *Silvas americanas*, con la que simbólicamente había de encabezar Juan María Gutiérrez nuestra primera grande antología, la *América poética*, de 1846, es la alocución a la poesía, «maestra de los pueblos y los reyes», para que abandone a Europa, que es luz y miseria, y busque en esta orilla del Atlántico el aire salubre de que gusta su nativa rustiquez. La forma es clásica; la intención es revolucionaria. La segunda de las *Silvas*, tres años posterior, al cantar la agricultura de la zona tórrida, mientras escuda tras las pacíficas sombras imperiales de Horacio y de Virgilio el «retorno a la naturaleza», arma de los revolucionarios del siglo XVIII, esboza todo el programa «siglo XIX» del engrandecimiento material, con la cultura como ejercicio y corona. Y no es aquel patriarca, creador de civilización, el único que se enciende en espíritu de iniciación y profecía: la hoguera anunciadora salta, como la de Agamenón, de cumbre en cumbre, y arde en el canto de victoria de Olmedo, en los gritos insurrectos de Heredia, en las novelas y las campañas humanitarias y democráticas de Fernández de Lizardi, hasta en los *cielitos* y los diálogos gauchescos de Bartolomé Hidalgo.

A los pocos años surge otra nueva generación, olvidadiza y descontenta. En Europa, oíamos decir, o en persona lo veíamos, el romanticismo despertaba las voces de los pueblos. Nos parecieron absurdos nuestros padres al cantar en odas clásicas la romántica aventura de nuestra independencia. El romanticismo nos abriría el camino de la verdad, nos enseñaría a completarnos. Así lo pensaba Esteban Echeverría, escaso artista, salvo en uno que otro paisaje de líneas rectas y masas escuetas, pero claro teorizante. «El espíritu del siglo—decía—lleva hoy a las naciones a emanciparse, a gozar de independencia, no sólo política, sino filosófica y literaria». Y entre los jóvenes a quienes arrastró consigo, en aquella generación argentina que fué voz continental, se hablaba siempre de «ciudadanía en arte como en política» y de «literatura que llevara los colores nacionales».

Nuestra literatura absorbió ávidamente agua de todos los ríos nativos: la naturaleza; la vida del campo, sedentaria o nómade; la tradición indígena; los recuerdos de la época colonial; las hazañas de los libertadores; la agitación política del momento... La inundación romántica duró mucho, demasiado; como bajo pretexto de inspiración y de espontaneidad protegió la pereza, ahogó muchos gérmenes que esperaba nutrir... Cuando las aguas comenzaron a bajar, no a los cuarenta días bíblicos, sino a los cuarenta años, dejaron tras sí tremendos herbazales, raros arbustos y dos copudos árboles, resistentes como ombúes: el *Facundo* y el *Martín Fierro*.

El descontento provoca al fin la insurrección necesaria: la generación que escandalizó al vulgo, bajo el modesto nombre de *modernista*, se alza contra la pereza romántica y se impone severas y delicadas disciplinas. Toma sus ejemplos en Europa, pero piensa en América. «Es como una familia... —decía uno de ella, el fascinador, el deslumbrante Martí.—Principió por el rebusco imitado y está ya en la elegancia suelta y concisa y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo». ¡El juicio criollo! O bien: «A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón de América». Rubén Darío, que en las palabras liminares de *Prosas profanas* detestaba «la vida y el tiempo en que le tocó nacer», paralelamente fundaba la *Revista de América*, cuyo nombre es programa, y con el tiempo se convertía en el autor del yambo contra Roosevelt, del *Canto a la Argentina*, y del *Viaje a Nicaragua*. Y Rodó, el comentador entusiasta de *Prosas profanas*, es quien luego declara, estudiando a Montalvo, que «sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano».

Ahora, treinta años después, hay de nuevo en toda la América española juventudes inquietas, que se irritan contra sus mayores y ofrecen trabajar seriamente en busca de nuestra expresión genuina.

Traición y rebelión

Los inquietos de ahora se quejan de que los antepasados hayan vivido atentos a Europa, nutriéndose de imitación, sin ojos para el mundo que los rodeaba; olvidan que en cada generación se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa. Existieron, sí, existen todavía, los europeizantes, los que llegan a abandonar el español para escribir en francés, o, por lo menos, escribiendo en nuestro propio idioma ajustan a moldes franceses su estilo y hasta piden a Francia sus ideas y sus asuntos. O los hispanizantes, enfermos de locura gramatical, hipnotizados por toda cosa de España que no haya sido transplantada a estos suelos.

Pero atrevámonos a dudar de todo. ¿Estos crímenes son realmente insólitos e imperdonables? ¿El criollismo cerrado, el afán nacionalista, el multiforme delirio en que coinciden hombres y mujeres hasta de bandos enemigos, es la única salud? Nuestra preocupación es de especie nueva. Rara vez la conocieron, por ejemplo, los romanos: para ellos, las artes, las letras, la filosofía de los griegos eran la norma; a la norma sacrificaron, sin temblor ni queja, cualquier tradición nativa. El «carmen saturnium», su «versada criolla», tuvo que ceder el puesto al verso de pies cuantitativos; los brotes autóctonos de diversión teatral quedaban aplastados bajo las ruedas del carro que traía de casa ajena la carga de argumentos y formas; hasta la leyenda nacional se retocaba, en la epopeya aristocrática, para enlazarla con Ilión; y si pocos escritores se atrevían a cambiar de idioma (a pesar del ejemplo imperial de Marco Aurelio, cuya prosa griega no es mejor que la francesa de nuestros amigos de hoy), el viaje a Atenas, a la desmedrada Atenas de los tiempos de Augusto, tuvo el carácter ritual de nuestros viajes a París, y el acontecimiento se celebraba, como ahora con el obligado banquete, con odas de despedida como la de Horacio a la nave en que se embarcó Virgilio. El alma romana halló expresión en la literatura, pero bajo preceptos extraños, en medio de la imitación erigida en método de aprendizaje.

Ni tampoco la Edad Media vió con vergüenza las imitaciones; al contrario, todos los pueblos, a pesar de sus características imborrables, aspiraban a aprender y aplicar las normas que daba la Francia del Norte para la canción de gesta, las leyes del trovar que dictaba Provenza para la poesía lírica: y unos cuantos temas iban y venían de reino en reino, de gente en gente: proezas carolingias, historias célticas de amor y de encantamiento, fantásticas tergiversaciones de la guerra de Troya y las conquistas de Alejandro, cuentos del zorro, danzas macabras, misterios de Navidad y de Pasión, farsas carnavalescas... Aun el idioma ajeno se acogía con la moda literaria: el gallego, en Castilla, con la poesía de amor; el francés, con la épica, en Italia; el provenzal, en regiones varias. Se peleaba, sí, en favor del idioma propio, pero contra el latín moribundo, atrincherado en la Universidad y en la Iglesia, sin sangre de vida real, sin el prestigio de las Cortes o de las

fiestas populares. Como excepción, la Inglaterra del siglo XIV decide echar abajo el frondoso árbol francés plantado allí por el conquistador.

¿Y el Renacimiento? El esfuerzo renacentista se consagra a buscar, no la expresión característica nacional ni regional, sino la expresión arquetípica, la norma universal y perfecta. En descubrirla y definirla concentran sus empeños Italia y Francia, apoyándose en el estudio de Grecia y Roma, clave de todos los secretos. Francia llevó a su desarrollo máximo este imperialismo de los paradigmas espirituales; así, Inglaterra y España poseyeron sistemas propios de arte dramático, el de Shakespeare, el de Lope (improvisador genial, pero débil de conciencia artística, hasta pedir excusas por escribir a gusto de sus compatriotas); pero en el siglo XVIII iban plegándose a las imposiciones de París. La expresión del espíritu nacional sólo podía alcanzarse a través de fórmulas internacionales.

Sobrevino al fin la rebelión que asaltó y echó a tierra el imperio clásico, culminando en batalla de las naciones, que se peleó en todos los frentes, desde Rusia hasta Irlanda y desde Noruega hasta Cataluña. El problema de la expresión genuina de cada pueblo está, pues, en la esencia de la revolución romántica, junto con la negación de los fundamentos de toda doctrina retórica. Y, de generación en generación, cada pueblo afila y aguza sus teorías nacionalistas, justamente en la medida en que la ciencia y la máquina multiplican las uniformidades del mundo. A cada concesión práctica va unida una rebelión ideal.

El problema del idioma

Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos aquí en América urgencia romántica de expresiones; nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulte no sabemos qué inminente diluvio.

En todas las artes se plantea el problema. Pero en literatura es doblemente complejo. El músico podría, en rigor sumo, si cree encontrar en eso la garantía de originalidad, renunciar al lenguaje tonal de Europa. Al hijo de pueblos donde subsiste el indio—como en el Perú y Bolivia—se le ofrece el arcaico pero inmarcesible sistema nativo, que ya desde su escala pentatónica se aparta del europeo. Y el hombre de países donde prevalece el espíritu criollo es dueño de preciosos materiales, aunque no estrictamente autóctonos: música traída de Europa o de Africa, pero impregnada del sabor de las nuevas tierras y la nueva vida, que se filtra en el ritmo y el dibujo melódico.

Y en artes plásticas cabe renunciar a Europa, como en el sistema mejicano de Adolfo Best, construído sobre los siete elementos lineales del dibujo azteca, con franca aceptación de sus limitaciones. O cuando menos, si sentimos excesiva tanta renuncia, hay sugestiones de muy varia especie en la obra del indígena, en la del criollo de tiempos coloniales que hizo suya la técnica europea (así en la arquitectura) en la popular de nuestros días, hasta en la piedra y la madera y la fibra y el tinte que dan las tierras natales.

De todos modos, en música y en artes plásticas es clara la partición de caminos: o el europeo, o el indígena, o en todo caso el conato de camino criollo, indeciso todavía y trabajoso. El camino indígena representa quizá empobrecimiento y limitación, y para muchos, a cuyas ciudades nunca llega el antiguo señor del terruño, resulta camino exótico: paradoja típicamente nuestra. Pero, extraños o familiares, lejanos o cercanos, el lenguaje tonal y el lenguaje plástico de abolengo indígena son inteligibles.

En literatura el problema es complejo, es doble: el poeta, el escritor se expresan en idioma recibido de España. Al hombre de Cataluña o de Galicia le basta escribir su lengua propia para realizar la ilusión de sentirse distinto del castellano. Para nosotros esta ilusión es fruto prohibido o inaccesible. ¿Volver a las lenguas indígenas? El hombre de letras generalmente las ignora, y la dura tarea de estudiarlas y escribir en ellas lo llevaría a la consecuencia final de ser entendido de muy pocos: la inmediata limitación del público. Hubo, después de la conquista, y aun se componen, versos y prosa en lengua indígena, porque todavía existen enormes y difusas poblaciones aborígenes que hablan cien—si no más—idiomas nativos; pero raras veces se anima esa literatura con propósitos lúcidos de persistencia y oposición. ¿Crear idiomas propios, hijos y sucesores del castellano? Existió, hasta años atrás, grave temor de unos y esperanza loca de otros, la idea de que íbamos embarcados en la aleatoria tentativa de crear idiomas criollos. La nube se ha disipado bajo la presión unificadora de las relaciones constantes entre los pueblos hispánicos. La tentativa, suponiéndola posible, habría demandado siglos de cavar foso tras foso entre el idioma de Castilla y los germinantes en América, resignándonos con heroísmo franciscano a una rastrera, empobrecida existencia dialectal mientras no apareciera el Dante creador de alas y de garras. Observemos, de paso, que el habla gauchesca del Río de la Plata, substancia principal de aquella disipada nube, no lleva en sí diversidad suficiente para erigirla siquiera en dialecto como el de León o el de Aragón: su leve matiz lo aleja demasiado poco de Castilla, y el *Martín Fierro* o el *Fausto* no son ramas que disten del tronco lingüístico más que las coplas murcianas o andaluzas.

No hemos renunciado a escribir en español, y así nuestro problema de la expresión original y propia es doble, complejo. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará, pues, doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda.

Las fórmulas del americanismo

Voy a examinar las principales soluciones propuestas y ensayadas para el problema de nuestra expresión en literatura. Y pido no se me tache prematuramente de optimista cándido porque vaya dándoles aprobación provisional a todas: al final se verá el porqué.

Ante todo, la naturaleza. La literatura descriptiva habrá de ser, pensamos durante largo tiempo, la voz del Nuevo Mundo. Ahora no goza de favor la idea: hemos abusado en la aplicación: hay en nuestra poesía romántica tantos paisajes como en nuestra pintura impresionista. La tarea de describir, que nació del entusiasmo, degeneró en hábito mecánico. Pero ella ha educado nuestros ojos: del cuadro convencional de los primeros escritores coloniales, en quienes sólo de raro en raro asomaba la faz genuina de la tierra, como en las serranías peruanas del Inca Garcilaso, pasamos poco a poco, y finalmente llegamos, con ayuda de Alexander von Humboldt y de Chateaubriand, a la directa visión de la naturaleza. De mucha olvidada literatura del siglo XIX sería justo entresacar una vivaz antología de paisajes y de miniaturas de fauna y flora. Basta detenernos a recordarlos para descubrir, tal vez con sorpresa, cómo hemos conquistado, trecho a trecho, los elementos pictóricos de nuestra pareja de Continentes y hasta el tono espiritual que se exhala de ellos: la colosal montaña, las vastas altiplanices de aire fino y luz tranquila, donde todo perfil se recorta como con tijeras afiladas; las tierras cálidas del trópico, con sus marañas de selvas, su mar que asorda y su luz que emborracha; la pampa profunda; el desierto «inexorable y hosco». Nuestra atención al paisaje engendra preferencias que hallan palabras vehementes: tenemos, así, partidarios de la llanura y partidarios de la montaña. Y mientras aquéllos, acostumbrados a que los ojos no tropiecen con otro límite que el horizonte, se sienten oprimidos por la vecindad de las alturas, como Miguel Cané en Venezuela y Colombia, los otros se quejan del paisaje demasiado llano, o bien, con voluntad de amarlo, vencen la inicial impresión de monotonía y desamparo y cuentan cómo, después de largo rato de recorrer la pampa, ya no la vemos: vemos otra pampa que se nos ha hecho en el espíritu (Gabriela Mistral). O acerquémonos al espectáculo de la zona tórrida: para el nativo, es rico en luz, calor y color, pero lánguido y lleno de molicie; todo se le deslíe en largas contemplaciones, en pláticas sabrosas, en danzas lentas,

> «y en las ardientes noches del estío
> la bandola y el canto prolongado
> que une su estrofa al murmurar del río».

Pero el hombre de climas templados ve el trópico bajo deslumbramiento agotador: así lo vió Mármol en el Brasil, en aquellos versos célebres, mitad ripio, mitad hallazgo de cosa vivida; así lo vió Sarmiento en aquel breve pero total apunte de Río de Janeiro:

«Los insectos son carbunclos o rubíes, las mariposas plumillas de oro flotantes, pintadas las aves, que engalanan penachos y decoraciones fantásticas, verde esmeralda

la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores, tangible la luz del cielo, azul cobalto el aire, doradas a fuego las nubes, roja la tierra y las arenas entremezcladas de diamantes y de topacios».

A la naturaleza agregamos el primitivo habitante. ¡Ir hacia el indio! Programa que nace y renace bajo muchedumbre de formas en todas las artes. En literatura, nuestra interpretación del indígena ha sido irregular y caprichosa. Poco hemos agregado a aquella fuerte visión de los conquistadores, como Hernán Cortés, Ercilla, Cieza de León y de los misioneros como fray Bartolomé de Las Casas. Ellos acertaron a definir dos tipos ejemplares, que Europa acogió e incorporó a su repertorio de figuras humanas: el «indio hábil y discreto», educado en complejas y exquisitas civilizaciones propias, singularmente dotado para las artes y las industrias, y el «salvaje virtuoso», que carece de civilización mecánica, pero vive en orden, justicia y bondad, personaje que tanto sirvió a los pensadores europeos para crear la imagen del hipotético hombre del «estado de naturaleza» anterior al contrato social. En nuestros cien años de independencia, la romántica pereza nos ha impedido precisamente dedicar mucha atención a aquellos magníficos imperios cuya interpretación literaria exigiría previos estudios arqueológicos, y la falta de simpatía humana nos ha estorbado para acercarnos al superviviente de hoy, antes de los años últimos, excepto en casos como el memorable de los *Indios Ranqueles*, y, al fin, aparte del libro impar y delicioso de Mansilla, las mejores obras de asuntos indígenas se han escrito en países como Santo Domingo y el Uruguay, donde el aborigen de raza pura persiste apenas en rincones lejanos y se ha diluído en recuerdo sentimental. «El espíritu de los hombres flota sobra la tierra en que vivieron, y se le respira», decía Martí.

Tras el indio, el criollo. El movimiento criollista ha existido en toda la América española, con intermitencias, y ha aspirado a recoger las manifestaciones de la vida popular, urbana y campestre, con natural preferencia por el campo. Sus límites son vagos: en la pampa argentina, el criollo se oponía al indio, enemigo tradicional, mientras en Méjico, en la América Central, en toda la región de los Andes y su vertiente del Pacífico, no siempre existe frontera perceptible entre las costumbres de carácter criollo y las de carácter indígena. Así mezcladas las reflejan en la literatura mejicana los romances de Guillermo Prieto y el *Periquillo* de Lizardi, despertar de la novela en nuestra América, a la vez que despedida de la picaresca española. No hay país donde la existencia criolla no inspire cuadros de color peculiar. Entre todas, la literatura argentina, tanto en el idioma culto como en el campesino, ha sabido apoderarse de la vida del gaucho en visión honda como la de la pampa. ¿Necesitaré recordar, ante público argentino, cómo Facundo, Martín Fierro, Santos Vega, son figuras definitivamente plantadas en el horizonte de todos nuestros pueblos? Sólo diré que, sea cierto o sea error, como de quien mira de más lejos, no creo en la realidad de la querella entre Martín Fierro y Facundo Quiroga. Sarmiento, como civilizador, urgido de acción, atenaceado por la prisa, escogió el atajo europeo y norteamericano en vez del sendero criollo, informe todavía, largo, lento, interminable tal vez, o desembocando en callejón sin salida; pero nadie sintió mejor que él los soberbios ímpetus, la acre originalidad de la barbarie que aspiraba a destruir. En tales oposiciones y en tales decisiones está el Sarmiento aquilino: ¿quién comprendió mejor que él a España, la España cuya herencia quiso arrojar al fuego, la que visitó «con el santo propósito de levantarle el proceso verbal», pero que a ratos le hacía agitarse en ráfagas de simpatía? ¿Quién anotó mejor que él las limitaciones de los Estados Unidos, de esos Estados Unidos cuya perseverancia constructora exaltó a modelo ejemplar?

Existe otro americanismo, que evita al indígena, y evita el criollismo pintoresco, y evita el puente intermedio de la era colonial, lugar de cita para muchos, antes y después de Ricardo Palma: su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia. Y para mí, dentro de esta fórmula sencilla como dentro de las anteriores hemos alcanzado, en momentos felices, la expresión vívida que perseguimos. En momentos felices, recordémoslo.

El afán europeizante

Volvamos ahora la mirada hacia los europeizantes, hacia los que, descontentos de todo americanismo con aspiraciones de sabor autóctono, descontentos hasta de nuestra naturaleza, nos prometen la salud espiritual si mantenemos recio y firme el lazo que nos ata a la cultura europea. Creen que nuestra función no será crear, comenzando desde los principios, yendo a la raíz de las cosas, sino continuar, proseguir, desarrollar, sin romper tradiciones ni enlaces.

Y conocemos los ejemplos que invocarían, los ejemplos mismos que nos sirvieron para rastrear el origen de nuestra rebelión nacionalista: Roma, la Edad Media, el Renacimiento, la hegemonía francesa del siglo XVIII... Detengámonos nuevamente ante ellos. ¿No tendrán razón los arquetipos clásicos contra la libertad romántica de que usamos y abusamos? ¿No estará el secreto único de la perfección en atenernos a la línea ideal que sigue desde sus remotos orígenes la cultura de Occidente? Al criollista que se defienda—acaso la única vez en su vida—con el ejemplo de Grecia, será fácil demostrarle que el milagro griego, si más solitario, más original, que las creaciones de sus sucesores, recogía vetustas herencias: ni los milagros vienen de la nada; Grecia, madre de tantas invenciones estupendas, aprovechó el trabajo ajeno, sin embargo, retocando y perfeccionando, pero, en su opinión, tratando de acercarse a los cánones, a los paradigmas, que otros pueblos, antecesores suyos o contemporáneos, buscaron con intuición confusa.

Todo aislamiento es ilusorio. La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fué motejado de eurepeizante por los proscriptos argentinos, veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más agudos censores de Bello, de regreso en su patria, habían de emprender, a su turno, tareas de europeizantes, para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro.

Apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No sólo sería ilusorio el aislamiento—la red de las comunicaciones lo impide—sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que se nos antoje, tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. Y en literatura—ciñéndonos a nuestro

problema—recordemos que Europa estará presente cuando menos en el arrastre histórico del idioma.

Aceptemos francamente, pues, como inevitable, esta situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción substancial, aunque sólo sea el marco, que recibimos de España. Voy más lejos: no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romanía, a la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos—según la repetida frase de Sarmiento—al Imperio Romano. Literariamente, desde que adquieren plenitud de vida las lenguas romances, a la Romanía nunca le ha faltado centro, sucesor de la Ciudad Eterna; del siglo XI al XIV, fué Francia; con el Renacimiento se desplaza a Italia; luego, durante breve tiempo, se sitúa en España, y desde Luis XIV vuelve a Francia. Muchas veces la Romanía ha extendido su influencia a zonas extrañas, y sabemos cómo desde París gobernaba a toda Europa, y de paso a las dos Américas, en el siglo XVIII; pero desde comienzos del siglo XIX se definen, en franca y perdurable oposición, zonas rivales: la germánica, suscitadora de la rebeldía; la inglesa, que abarca a Inglaterra con todo su imperio colonial y a los Estados Unidos; la eslava... Hasta políticamente hemos nacido y crecido en la Romanía. Antonio Caso señala con eficaz precisión los tres acontecimientos europeos cuyo influjo es decisivo sobre nuestros pueblos: el Descubrimiento (acontecimiento español), el Renacimiento (italiano), la Revolución (francés). El Renacimiento da forma—en España sólo a medias—a la cultura que iba a ser transplantada a nuestro mundo; la Revolución es el antecedente de nuestras guerras de independencia. Los tres acontecimientos son de pueblos románicos. No tenemos relación directa con la Reforma, ni con la evolución constitucional de Inglaterra y hasta la independencia y la Constitución de los Estados Unidos alcanzan prestigio entre nosotros merced a la propaganda que de ellas hizo Francia.

La energía nativa

Pero concedido todo eso, que es todo lo que en buen derecho puede reclamar el europeizante, tranquilicemos al criollo fiel recordándole que la existencia de la Romanía como unidad, como entidad colectiva de cultura, y la existencia del centro orientador, no son estorbos definitivos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional sólo afecta a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa, savia extraída de la tierra propia.

Salvo en momentos fugaces en que se ha adoptado con excesivo rigor una fórmula estrecha, por excesiva fe en la doctrina retórica, o durante períodos en que una decadencia nacional de todas las energías lo ha hecho enmudecer, cada pueblo se ha expresado con plenitud de carácter dentro de la comunidad imperial. Y en España, dentro del idioma central, sin acudir a los rivales, las regiones se definen a veces con perfiles únicos en la expresión literaria. Recuérdese, entre los poetas, la secular oposición entre Castilla y Andalucía, el contraste entre fray Luis de León y Fernando de Herrera, entre Quevedo y Góngora, entre Espronceda y Bécquer.

Así, el compartido idioma no nos obliga a perdernos en la masa de un coro cuya dirección no está en nuestras manos: sólo nos obliga a acendrar nuestra nota expresiva, a buscar el acento inconfundible. Del ansia de alcanzarlo y sostenerlo nace todo el rompecabezas de cien años de independencia proclamada; de ahí las fórmulas de americanismo, las promesas que cada generación escribe sólo para que la siguiente las olvide o las rechace, y de ahí la reacción, hija del inconfesado desaliento, en los europeizantes.

El ansia de perfección

Llegamos al término de nuestro viaje por el palacio confuso, por el fatigoso laberinto de nuestras aspiraciones literarias, en busca de nuestra expresión original y genuina. Y a la salida creo volver con el oculto hilo que me sirvió de guía.

Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir con ansia de perfección.

El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca alcanzaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido.

Toda fórmula de americanismo puede darnos algo (por eso les dí a todas aprobación provisional), y el conjunto de las que hemos ensayado nos da una suma de conquistas útiles que hacen flexible y dúctil el material originario de América; pero la fórmula, al repetirse, degenera en mecanismo y pierde su prístima eficacia; se vuelve receta y engendra una retórica.

Cada grande obra de arte crea medios propios y peculiares de expresión; aprovecha las experiencias anteriores, pero las rehace, porque no es una suma, sino una síntesis, una invención. Nuestros enemigos, al buscar la expresión de nuestro mundo nuevo, no han sido otros que la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, engendros de la pereza y la incultura, o bien de la vida en perpetuo disturbio y mudanza, llena de preocupaciones ajenas al arte: nuestros poetas, nuestros escritores fueron las más veces, en parte son todavía, hombres obligados a la acción, y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores de pueblos.

El futuro

Ahora, en el Río de la Plata cuando menos, empieza a constituirse la profesión literaria. Con ella debieran venir la disciplina, el reposo que permite los graves empeños. Y hace falta la colaboración viva y clara del público, que largo tiempo ha oscilado entre la falta de atención y la excesiva indulgencia. El público ha de ser exigente; pero ha de poner interés en la obra de América. Para que haya grandes poetas, decía Walt Whitman, ha de haber grandes auditorios.

Sólo un temor me detiene, y perdonad si agrego esta nota pesimista al canto de esperanzas. Ahora que parecemos marchar en dirección al puerto seguro, ¿no llegaremos tarde? ¿El hombre del futuro seguirá interesándose en la creación artística y literaria, en la perfecta expresión de los anhelos superiores del espíritu? El occidental de hoy se interesa en ellas menos que el de ayer, y mucho menos que el de tiempos lejanos. Hace cien, cincuenta años, cuando se auguraba la desaparición del arte, se rechazaba el agüero con gestos fáciles: «siempre habrá poesía». Pero después—fenómeno nuevo en la historia del mundo, insospechado y sorprendente — hemos visto surgir a existencia próspera sociedades activas y al parecer felices, de cultura occidental, a quienes no preocupa la creación artística, a quienes les basta la industria, o, a la sumo, se interesan por el arte reducido a procesos industriales: Australia, Nueva Zelandia, aún el Canadá. Los Estados Unidos ¿no habrán sido el ensayo intermedio? Y en Europa, aunque abunde la producción artística y literaria, el interés del hombre contemporáneo no es el que fué. El arte había obedecido hasta ahora a dos fines humanos: uno, la expresión de los anhelos profundos, del ansia de eternidad, del utópico y siempre renovado sueño de una vida perfecta; otro, el juego, el solaz imaginativo en que descansa el espíritu. Pero el arte y la literatura de nuestros días apenas recuerdan ya su antigua función trascendental; sólo nos va quedando el juego... Y el arte reducido a diversión, por mucho que sea diversión inteligente, pirotecnia del ingenio, puede acabar en hastío.

Pero no quiero terminar en el tono pesimista. Si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer al sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español.

(*La Nación*. Buenos Aires).

Página lírica

de José Domingo Tejera

José Domingo Tejera

Nació en 1884, en la ciudad de Valera, Estado de Trujillo, Venezuela. Hizo estudios de Derecho en la Universidad de los Andes, de Mérida, y recibió el grado de Doctor en 1904.

Ejerció de Abogado, y desempeñó diversos cargos públicos, de Juez y otros.

Profesor de Literatura Española, durante algunos años, en la Universidad de Los Andes.

Murió el 14 de septiembre de 1926, en Valera, Venezuela.

Libros y folletos publicados:

Páginas Intimas, 1901, versos primerizos.

1904. - *La República democrática y federal es el sistema de Gobierno más conforme con la soberanía del pueblo y la dignidad del hombre,* tesis de grado.

1904. - *Crisantemos*, libro de versos.

1912. - *Música Criolla*, libro de versos. *Excelsior!* novela.

1915. - Biografía y juicio crítico sobre don Tulio Febres Cordero.

1916. - *Eglogas Andinas*, libro de poemas.

1917. - *Esfinge Indiana*, novela.

1918. - Biografía de Antonio Nicolás Briceño *El diablo*.

Colaboró constantemente en periódicos y revistas, particularmente en *La Revista*, 1900-2; *Génesis; Elitros; El Cojo Ilustrado* y otras publicaciones semejantes, en las que dejó una serie de cuentos costumbristas y criollistas, y otra de artículos bibliográficos y juicios críticos sobre libros y autores venezolanos.

Algunos juicios sobre la labor literaria de José Domingo Tejera

...«José Domingo Tejera con igual maestría cultiva varios géneros literarios. Poeta lleno de encanto, prosista caudaloso, que sabe también, cuando le place, clavar en buen punto un venablo u horadar una cota a golpe de florete. En verso, en prosa, hablando en la tribuna, Tejera tiene la rara virtud de no cansar nunca, y nos obliga sin esfuerzo a seguir su pensamiento siempre original, vestido siempre con opulenta distinción».—C. Parra Pérez.

«José Domingo Tejera es, entre los poetas serranos, tipo representativo, bardo cantor de nuestra cordillera, acertado cultor de la musa criolla grandemente exaltada por aquel Lazo Martí, que imitó en sus versos el ritmo floral de nuestra naturaleza.

»El ilustre crítico Jesús Semprúm, a cuyo cargo estuvo la sección bibliográfica de *El Cojo Ilustrado*, cuando la publicación de *Música Criolla*, asegura que ninguna otra obra sino esta de Tejera, representa y colma, después de la *Silva* de Lazo Martí, el ideal o la tendencia de criollismo que debiera preocuparnos más que cualquiera otros, por ser una literatura virgen».—R. Angarita Arvelo.

«José Domingo Tejera, el poeta de los Andes venezolanos, férvido de todo noble ideal, en quien tiene nuestra literatura indoibérica una sólida y honrada realidad más bien que una de tantas falaces promesas».—Manuel González Prada.

Festín tropical

(De *Música Criolla*).

El grupo de mujeres se desbanda
por todo el cafetal, zurrón en mano,
para llenarlo con el dulce grano
al són de risas y jovial parranda.

El caporal ceñudo que las manda
las inspecciona con rigor tirano
y en pos de ellas y del fruto vano
por los espesos matorrales anda.

Revienta el grano en eclosión de mieles
entre la rama que la moza agacha,
y como en los edénicos vergeles,

pasa de abejas rumorosa racha
y en el panal de fúlgidos claveles
el enjambre de abejas se emborracha.

La casita blanca

(De *Eglogas Andinas*).

No lejos alza la florida loma
su verde frente de la tierra llana,
y en ésta el nuevo cafetal emana
del azahar el capitoso aroma.

Tras la colina la alborada asoma
decorando los vértices de grana,
y al húmedo jardín, cada mañana,
baja al suelo a triscar nívea paloma.

Flores, frutas, amores en el nido;
paz en el pecho y en el alma olvido;
sombra que abriga, fuente que murmura;

la puerta siempre al desvalido franca
¡y abierto manantial de la ternura,
tu corazón en la casita blanca!

Ansias

(De *Eglogas Andinas*).

Tengo el amor del aire. El ansia loca
de sacudir mis pobres pensamientos
con la furia voraz con que los vientos
abaten su poder de roca en roca.

Oigo la voz del ámbito que evoca
en mi sér encontrados sentimientos
¡y no me da sus trágicos acentos
para llenar de cóleras mi boca!

Tengo el amor del aire. ¡Quién pudiera
silbar sobre la enorme cordillera
y arrebatar sus árboles de cuajo:

¡el ansia vieja, punzadora, altiva,
de absorberme las lágrimas de abajo
y desgranar centellas desde arriba!

Angelus

Con grave paso de convalesciente
llega la tarde a la quietud serena
y por el cauce grávido de arena
corre cual hilo de cristal la fuente.

Al contacto del aura confidente
la verde copa de los ceibos trena.
Ya con argéntea faz la luna llena
rompe los densos nublos del oriente.

Y junto a ti, las manos enlazadas,
bajo el tibio fulgor de tus miradas,
siento en el alma la piedad del nido,

como si unieras en tu labio puro
el alba sonrosada del futuro
con las mañanas del edén perdido.

Visita de primavera

Muchachita: se anuncia primavera,
y bajo el soplo de fragancias lleno
como en los tiempos de mi edad primera
me siento niño, y compasivo y bueno.

También a tus alcores llegaría
la ráfaga de sol, plena de aromas,
el trino de la alondra, amada mía,
y la banda de tímidas palomas.

¿Esa ráfaga de oro no remeda
el eco de mis súplicas fervientes,
y es un ósculo así como de seda
el que roza tu faz cuando la sientes?

¿Ese trino de amor, tierno y sonoro,
no dice que la aurora, si te miro,
cristaliza los hilos de su lloro
en el tenue rumor de mi suspiro?

¿Y no ves en la banda que a ti llega,
banda de sueños que retorna al nido
y con voces de huérfano te ruega
que no quiebres sus alas con tu olvido?

La seda coruscante de las flores
a mis pupilas es una delicia,
y la seda sutil de tus amores
la epidermis del alma me acaricia.

La trasparente gota de rocío
miente tu rubia lágrima, que halaga
mi labio ardido en sed, y el labio mío
con esa rubia lágrima se embriaga.

Es tu voz virginal la que a mí viene
en el grato susurro del follaje,
y esa voz virginal como que tiene
el placer melancólico del viaje...

Amas del ruiseñor la serenata,
la voz del manantial, el rayo de oro,
y las noches románticas de plata,
el cielo azul y el surtidor sonoro.

Y es por ti como sé que un suave aliento
anuncia a Primavera, y su fragancia
viene quizás de ti, porque me siento
su paso al percibir, como en la infancia.

Viste, alma, la túnica de armiño.
Renueva todas las nupciales galas,
y como cuando era bueno y era niño
mira de nuevo al sol, y abre las alas.

¿No ves que ya se anuncia primavera?
Es la estación del ósculo y el canto...
Como en el sueño de la edad primera
tén la dulce inconsciencia de tu llanto.

Silencia la centrífuga faena
y olvida para siempre cómo enhebro
con hilos de tu amor y de tu pena
la madeja sutil de mi cerebro.

¿A qué el duelo y la queja?... Muchachita,
hablemos de la rubia primavera,
del porvenir, la gloria, y la bendita
eternidad de amor que nos espera.

Giocondina

La sonrisa es miraje que revela
el genio, el monstruo que en el alma vela.

Hay unas gloria y canto.
Otras que son aljófares de llanto.

Unas asoman tímido reproche.
Otras, flor de ansiedad que rasga el broche.

Algunas, como esa,
iris sutil en crátera de fresa,

que juega trémula en el labio tuyo,
son la luz temblorosa del cocuyo.

Esa sonrisa pálida, ¿qué anhela?
¿Hacia qué lejos horizontes vuela?

Rayo de vésper, eco de romanza,
hoja de olivo, nuncio de esperanza,

¿tu sonrisa enigmática interpreta
lo que en el alma antigua del poeta

canta una misteriosa epifanía
a la Muerte... al Amor... a la Alegría?

Fulminación

De lejos, de la honda
crepitación del agua que desprende
las ramas de la fronda
y sus flechas de hielo al pecho tiende:

de allá, lejos, arranca
una luz que un instante me ilumina
como una mancha temblorosa y blanca
en el zócalo negro de una ruina.

Y sueño con la lóbrega tiniebla
de unas pupilas hondas,
que de radiantes lágrimas se puebla
como de brillos de cristal las frondas.

Y luego un resplandor, como de aurora,
surge en la sombra y en la sombra muere
mientras mi alma se estremece, llora,
y bendice la chispa que la hiere.

Graves y saludables advertencias que deben meditar los dirigentes de estos países antes de hacer empréstitos en los Estados Unidos

=Del tomo *México y los Estados Unidos ante el Derecho Internacional*, por T. Esquivel Obregón. México. Herrero Hnos. Sucs. 1926. De esta obra «extraordinariamente importante» decía ha poco en el No. 146 de *Reproducción*, nuestro sensato don Elías Jiménez Rojas: «Todo verdadero latino-americano está obligado a leerla, por propio beneficio y para propia satisfacción». Conformes.=

...Desde el punto de vista económico los resultados de la doctrina Monroe no son menos funestos para América.

Todo lo que reduce la garantía del pago aumenta por necesidad el tipo del interés, o más bien dicho, el capitalista debe cobrar de su deudor el justo interés de su dinero, más la prima del seguro.

Cuando la doctrina se encontraba aún en estado de mera tentativa, es decir, después del mensaje del Presidente Monroe de 2 de Diciembre de 1823; pero cuando aún no tenía resultados prácticos y el mismo gobierno estadounidense parecía no estar seguro de poder soportar las consecuencias de tal declaración, los países de Europa, principalmente Inglaterra, comenzaron a hacer inversiones. Con el transcurso del tiempo, sin embargo, comprendieron los ingleses que, bajo la influencia de las ideas y métodos políticos que prevalecían, el establecimiento del orden era imposible y las probabilidades de indemnizarse con nuevos negocios eran cada vez más remotas. Esto hizo a los ingleses retraerse de las inversiones en América, y levantaron el campo, tanto más pronto en cada país, cuanto más cercano se hallaba a los Estados Unidos.

Mientras éstos no tuvieron el absoluto dominio sobre sus propios recursos pecuniarios que después de 1914 les dió su sistema bancario, acudieron a Europa en busca de dinero para invertirlo en sus empresas de México y de los países de Centro y Sud América.

De ese modo las inversiones en esos países resultaban recargadas con la comisión que el estadounidense cobraba sin correr riesgo alguno. Resultado ventajosísimo de la doctrina Monroe para los Estados Unidos y proporcionalmente desventajoso para los otros pueblos de América.

Esta es una de las causas de que el interés del dinero en Hispano-América haya sido mucho más alto que en Europa y en los Estados Unidos y que las empresas allí de los nativos no puedan entrar sino excepcionalmente en la competencia mundial.

Después, la guerra europea, cambiando el centro monetario del mundo, ha creado la supremacía económica de los Estados Unidos, independientemente de la doctrina Monroe, y todos pueden apreciar que, aparte de los inconvenientes que trae consigo todo monopolio, los estadounidenses son menos liberales ahora, que se trata de aventurar su propio dinero, que cuando invertían el europeo y eran ellos simplemente mediadores, y que, en tanto que el dinero de Europa venía con frecuencia en calidad de préstamo, sin más ambición que la de cobrar un interés, **el dinero de los Estados Unidos viene a Hispano-América con el fin de hacerse dueño de los negocios, de manera que los préstamos a los nativos son tanto menores cuanto más abundan en los respectivos países los negocios codiciables. Por virtud de esto puede decirse que es hoy ley financiera del continente Americano, que el dinero sólo existe para empresas de los ciudadanos de Estados Unidos, y solamente se hace excepción en caso de préstamos onerosísimos, preparatorios de una adquisición definitiva por aquéllos, del negocio o de la propiedad motivo del préstamo.** En otros términos, para los ciudadanos de los países hispano-americanos la supremacía monetaria de los Estados Unidos es equivalente a un boicoteo en el mercado del dinero.

(Pgns. 48 a 50).

...La constitución política de Haití **prevenía que ningún extranjero podía poseer en la República bienes raíces.** En 1917, funcionarios de los Estados Unidos presentaron un proyecto de constitución en que **la prohibición era suprimida.** La Asamblea Haitiana rehusó aceptar ese proyecto y el General Cole, de la marina de Estados Unidos, disolvió la Asamblea; entonces se sometió el proyecto a un plebiscito en el cual la nueva constitución fué aprobada por noventa y ocho mil doscientos noventa y cuatro votos contra setecientos cincuenta y nueve. Según el testimonio del Rev. L. Tom Evans ante la comisión investigadora del Senado de los Estados Unidos «...los aterrorizados haitianos no se atrevían a rehusar el «sí» y dar el «no» a riesgo de ser encarcelados y fusilados como enemigos de la ocupación y del Gobierno de los Estados Unidos».

En 1922, finalmente, el Gobierno de los Estados Unidos impuso al de Haití la aceptación de un préstamo de 40.000,000 de dólares y con ello la autorización de seguir controlando la República al menos por treinta años.

Con motivo de esta ocupación de Haití el Senador Borah decía al Senado en 19 de junio de 1922:

«Nuestra política tiene dos o tres métodos en asuntos internacionales que se ajustan al tamaño y a la fuerza de la nación con que tratamos. En mi humilde opinión, la política que ha prevalecido con relación a Haití se debe, en gran parte, al hecho de que no tenían medio de resistir la invasión e intromisión de los marinos y de la armada americana».

El caso de Santo Domingo es bien conocido, y en gracia de la brevedad sólo haremos aquí mención de algunos de sus rasgos más importantes.

La República Dominicana se encontró en dificultades financieras y los Estados Unidos sugirieron un plan de arreglo que obtuvo la aprobación de aquélla.

Las aduanas debían de ponerse en manos de un *Receiver General* nombrado por el Presidente de los Estados Unidos; los gastos de su encargo no deberían exceder de cinco por ciento de las entradas de esas aduanas. Hecha la lista de deudas montó a 16,000.000 de dólares, y para pagar esta suma, los banqueros de Estados Unidos prestaron 20,000.000 de dólares. El *Receiver General* debería de pagar los intereses y reservar 200,000 dólares al gobierno; el sobrante se dividiría en dos partes iguales: una para el gobierno y la otra para ayudar a la amortización. Con este arreglo se creyó que las funciones del *Receiver General* se extenderían por largos años, y con ello el dominio del gobierno de los Estados Unidos sobre las finanzas de aquella República.

En 17 de setiembre de 1924 las tropas de los Estados Unidos, que años antes habían derrocado al gobierno, abandonaron la República dejando en la presidencia al General Horacio Vázquez. Luego se vió que el excedente de los tres millones era tan considerable, que Santo Domingo iba a verse libre muy pronto de toda tutela de Washington; entonces se negoció secretamente un tratado con el Presidente Vázquez por virtud del

cual se había de colocar un nuevo empréstito de veinticinco millones de dólares para pagar los bonos en circulación y dejar un excedente de diez millones para obras públicas. En lugar de que el *Receiver* separe para fondo de amortización doscientos mil dólares y la mitad del excedente de los impuestos aduanales sobre tres millones, separará el 10% de lo que sobre, después de separar cuatro millones para los gastos del gobierno. Más allá de esta suma, de los doscientos mil dólares y el diez por ciento mencionado, lo que quede será gastado por el gobierno en obras públicas. De esa manera no hay que esperar que termine pronto la función del *Receiver*.

Este arreglo encontró la más decidida oposición en la Cámara de Diputados y sólo se consiguió que pasara mediante procedimientos que la mayoría de los representantes tachó de ilegales, por no haberse obtenido el número de votos que la constitución marca para esos asuntos, pero los Estados Unidos se dieron por notificados de que la convención fué aprobada y por lo mismo está en vigor.

Parece innecesario para este estudio entrar en detalles de lo que se ha llamado la «penetración pacífica» de los Estados Unidos en otros países de Centro y Sud-América. Lo dicho basta para formar una idea del significado actual de la Doctrina Monroe.

(Pgns. 62 a 65).

...Los Estados Unidos tienen, por ahora, una extensión territorial bajo su dominio, de tal manera grande, que ha de pasar algún tiempo antes de que, por las necesidades de su población piensen en adquirir nuevas tierras.

Por otra parte, **ellos encuentran mucho mayor beneficio en la dominación meramente económica que en la soberanía política; aquélla sin ésta es la obtención de los beneficios sin las responsabilidades.**

Esta sabia doctrina les ha dado resultados admirables. En la última guerra cada una de las potencias europeas del partido vencedor buscó un beneficio territorial. Los Estados Unidos llamaron la atención de sus aliados sobre el hecho de que ellos generosamente no pedían nada, se contentaban con el pago de las deudas, la mayor parte de ellas originadas en compra a precios elevadísimos de material de guerra y de todo género de provisiones. De ese modo los Estados Unidos pudieron a la vez proclamar su desprendimiento y aumentar su tesoro, a tal extremo, que los que no fueron sus aliados parecen encontrarse mejor. Lo más duro de la guerra parece haber sido entre los Estados Unidos y sus aliados. Hubo en realidad dos guerras: una aparente, la otra encubierta; una militar, Inglaterra y sus aliados contra Alemania y los suyos; otra económica, los Estados Unidos contra sus aliados. Inglaterra y sus aliados ganaron la primera; los Estados Unidos ganaron la segunda contra el mundo entero, por eso son el centro del dinero. La monarquía universal en que el dinero es rey.

En el continente americano pasa algo semejante. Los Estados Unidos no dejan de proclamar su propósito (ya veremos si es sincero) de no buscar más expansiones territoriales y con esa declaración encuentran la mejor acogida para sus actividades económicas.

En todas partes se cree como en un dogma económico que el capital extranjero es indispensable para el desarrollo de los recursos naturales de cada país y nadie parece advertir que ese desarrollo de los recuros naturales hace ricos a los extranjeros y deja más pobres que antes a los naturales; que lo que se necesita es la organización interna del capital propio. Este error es la base de la política de penetración pacífica.

Esa labor de penetración pacífica es ayudada por el mecanismo especial del reconocimiento o no reconocimiento de los gobiernos hispano-americanos.

(Pgns. 111 y 112).

...Los Estados Unidos tienen un sedativo que calma los espíritus de los otros pueblos de América: protestan que no buscan expansión territorial. En realidad esto debería de ser más bien motivo de alarma, pero los pueblos no acostumbran meditar muy hondo: **es evidente que por todas partes los estadounidenses van en busca de oportunidades de hacer negocio, no sobre la base de cooperación con los nativos, sinó de su exclusión de los negocios de su propio país, de modo que éstos, en los lugares en que los estadounidenses han logrado prepotencia, se encuentran con las responsabilidades del poder, sometidos a un sueldo, y sin la propiedad del suelo o de las empresas de que gradualmente han sido desalojados.**

Los países de la América Ibérica en su afán de defender, no ya su autonomía nominal política, sino sus intereses en peligro, ante el avance del capital y de la organización económica superior de los estadounidenses, han dictado medidas que caen bajo la acción diplomática o bajo la fuerza superior de la armada de los Estados Unidos.

Para evitar esto, el gran internacionalista venezolano, Calvo, introdujo una doctrina que lleva su nombre, que condena con igual severidad la intervención diplomática y la intervención armada y que formula así:

«América como Europa, está hoy habitada por naciones libres e independientes, cuya existencia soberana trae consigo el derecho a un respeto igual y cuyo derecho internacional no admite ninguna intervención por parte de los pueblos extraños, quienes quiera que sean» ([1]).

«Aparte de los motivos políticos, estas intervenciones han tenido casi siempre como aparentes pretextos, los daños causados a intereses privados, las reclamaciones y demandas de indemnización pecuniaria en favor de los ciudadanos... Conforme al derecho internacional estricto, el cobro de deudas y la prosecusión de reclamaciones privadas no justifican *de pleno* la intervencion armada de los gobiernos, y, puesto que los Estados europeos siguen invariablemente esta regla en sus relaciones recíprocas, no hay razón para que no se la impusieran en sus relaciones con las naciones del nuevo mundo» ([2]).

«Es cierto que los extranjeros que se establecen en un país tienen derecho a una protección igual a la de los nacionales; pero no deberían pretender una mayor. Si sufren algún perjuicio deberían de acudir al gobierno del país para que persiguiera a los responsables y no pretender del Estado a que pertenecen los autores de la violación, ninguna indemnización pecuniaria» ([3]).

«La regla que en más de un caso se ha intentado imponer a las naciones de América, es que los extranjeros merecen más consideraciones y privilegios más marcados y extensos que los que se conceden aun a los nacionales del país donde residen» ([4]).

De esta doctrina, basada en los más sanos principios de la equidad, nació la idea de poner en todos los contratos celebrados por un Estado con individuos extranjeros, la cláusula de que éstos renuncian todo derecho a invocar la protección diplomática en lo relativo a dicho contrato.

Naturalmente, las grandes potencías, Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos, han declarado que tal cláusula es nula. Perderían con ella

---

1. Calvo Carlos. Le droit international théorique et pratique, 5.ª edición, París, I. P. 350 pr. 204.
2. I. pr. 205
3. VI. pr. 256. p. 231.
4. III. pr. 1278.

uno de los mejores medios de crear en todas partes la superioridad de sus ciudadanos sobre los nacionales de otros países, y con ello la fuente más copiosa de predominio. Un comerciante estadounidense que sufre un daño imputable al gobierno del país extranjero en que reside, es tan valioso para la expansión como un misionero asesinado en China o en el Africa.

(Pgns. 160 a 162).

T. Esquivel Obregón

Nota.—Al propio hemos puesto en negrita, al reproducirlos, los párrafos que quisiéramos *meditaran más* los dirigentes de la cosa pública en estas comarcas incautas.

Texto del Tratado

a punto de celebrarse entre la República de Panamá y los Estados Unidos de América

(*Véase el cuaderno anterior.* Véase, también, el cuaderno 16 del tomo en curso).

Damos cabida al documento que nos remite el Sr. Ledezma. Es de suma importancia. Deben conocerlo los que en América vigilan y piensan y saben más, y dar su testimonio al respecto. El REPERTORIO AMERICANO abre el debate. Es de urgencia que ciertas cuestiones locales se conviertan en preocupaciones internacionales americanas, de modo que los desaciertos o debilidades de las comarcas chicas y aisladas no comprometan, más adelante, las posibles y diversas evoluciones de nuestra América una.

Artículo III

1.—La República de Panamá conviene en construir los caminos especificados en los incisos a, b, c y d del parágrafo 2.° de este Artículo, completando toda la nivelación necesaria para caminos con un lecho de veinte pies de ancho y con una faja de piso acabado de diez pies de ancho en el centro. La República de Panamá conviene además en construir nuevas cunetas a lo largo de los caminos mencionados, de longitud suficiente para permitir el ensanche posterior del lecho de los caminos hasta veintiseis pies. Los Estados Unidos convienen en que cuando las estructuras de hormigón existentes entre la línea de la Zona del Canal y la Quebrada Herradura, cerca de El Creo, queden empalmadas con el nuevo camino, ensancharán tales estructuras en la medida necesaria, al tiempo de colocar el piso que se especifica en el parágrafo 2.° de este Artículo. La República de Panamá conviene en erigir los puentes que sean necesarios en los caminos que se van a construir y que tales puentes sean de estructura permanente, de una sola vía y de resistencia suficiente para soportar una aplanadora de quince toneladas. Convienen las Altas Partes Contratantes que las condiciones de construcción expresadas se aplicarán a los caminos que quedan en territorio panameño, hasta la cuneta sobre la Quebrada Herradura cerca de El Creo, por el Oeste y hasta Pacora por el Este, pero si la República de Panamá lo desea, la faja de piso acabado que más adelante se menciona, será omitida en los caminos comprendidos dentro de esos límites. Los Estados Unidos convienen, además, en que cuando el Congreso de los Estados Unidos vote la partida necesaria para la construcción de caminos en la Zona del Canal, pagará a la República de Panamá la suma de ₵ 35.000.00 por la construcción previa por la República de Panamá del puente sobre el Río Caimito.

2.—Los Estados Unidos convienen en completar la nivelación y en colocar un piso sólido de 18 pies de ancho sobre el lecho de los mencionados caminos, en la medida que en seguida se expresa:

a) Piso de hormigón de no menos de seis pulgadas de espesor, de la línea de la Zona cerca de Arraiján, al Río Caimito;

b) Macadam bituminoso de seis a diez pulgadas de espesor, del Río Caimito pasando por La Chorrera y La Laguna a la cuneta sobre la Quebrada Herradura, en la vecindad de El Creo;

c) Piso de hormigón de no menos de seis pulgadas de espesor, desde el término del actual camino de hormigón cerca de la Estación de Policía de Las Sabanas, hasta un punto como a una milla más allá del Río Tocumen;

d) Macadam bituminoso de seis a diez pulgadas de espesor, del término del camino de hormigón que indica el inciso c hasta Pacora;

e) Los Estados Unidos convienen en ensanchar a veintiseis pies el lecho de todos los caminos arriba citados antes de colocar el pavimento o piso.

3.—Los Estados Unidos convienen además que cuando la República de Panamá construya en territorio panameño un camino que llegue hasta la línea de la Zona, en punto conveniente, los Estados Unidos construirán y mantendrán en servicio un puente de acero a través del Canal, en las esclusas de Pedro Miguel, o establecerán y mantendrán un servicio de transporte por medio de barca a través del Canal en el lado del Pacífico, y construirán un camino con pavimento de hormigón de diez y ocho pies de ancho y de no menos de seis pulgadas de espesor, desde el puente o desde el desembarcadero de la barca hasta la línea de la Zona cerca de Arraiján, y construirán los puentes necesarios a lo largo de este camino, que serán de estructura permanente.

4.—Cada una de las Altas Partes Contratantes conviene en mantener, en la porción respectiva de la red de caminos estipulada en este Tratado, los caminos y puentes que quedan dentro de su jurisdicción. El Gobierno de Panamá conviene en que las sumas que sean necesarias para el mantenimiento adecuado de la red de caminos dentro de su territorio, que no serán menos de $ 55,000.00 por año, serán votadas en el Presupuesto de cada bienio y usadas esclusivamente en dicho mantenimiento. Con el objeto de asegurar que este trabajo se lleve a cabo, la República de Panamá conviene en que los gastos de los fondos arriba mencionados se harán únicamente de acuerdo con la recomendación conjunta del Ingeniero en Jefe a cuyo cargo esté la vigilancia y mantenimiento de los caminos de la República de Panamá y un Ingeniero designado por los Estados Unidos.

5.—Los Estados Unidos continuarán gozando en todo tiempo el uso libre y gratuito de todos los caminos en territorio panameño, y la República de Panamá tendrá en todo tiempo el uso libre y gratuito de todos los caminos dentro de los límites de la Zona del Canal, incluyendo el puente a través del Canal en las esclusas de Pedro Miguel, salvo cuando por necesidades militares en tiempo de guerra los Estados Unidos se vean precisados a restringir este derecho.

6.—Se conviene, además, que los Estados Unidos tendrán el derecho de instalar, mantener y hacer funcionar para uso oficial tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, líneas telefónicas y telegráficas a lo largo de todos los caminos que serán construídos en territorio panameño de conformidad con este Tratado.

7.—Es convenido por las Altas Partes Contratantes que la red de caminos mencionada en este Artículo será concluída dentro del término de tres años contados desde la fecha del canje de ratificaciones de este Tratado.

Artículo IV

Con el fin de estrechar las relaciones amistosas que afortunadamente han existido entre Panamá y los Estados Unidos, los Estados Unidos convienen a perpetuidad lo siguiente:

1.—Con excepción de las ventas a los buques, que los Estados Unidos continuarán haciendo como hasta ahora, la venta de artículos importados a la Zona del Canal por el Gobierno de los Estados Unidos será limitada por éste a los jefes, empleados, artesanos y jornaleros al servicio o en el empleo de los Estados Unidos o de la Compañía del Ferrocarril de Panamá y a las familias de tales personas, y a los contratistas que trabajen en la Zona del Canal y sus empleados, artesanos y jornaleros, y a sus familias, y a las demás personas a quienes Estados Unidos, de acuerdo con las estipulaciones del parágrafo 4.° de este Artículo, permitan residir en la Zona del Canal, y que efectivamente residan en la mencionada Zona, siendo entendido que no quedan incluídos los huéspedes de los hoteles administrados por el Canal de Panamá o la Compañía del Ferrocarril de Panamá, a no ser que estén comprendidos en alguna de las categorías de las personas a quienes pueden hacerse tales ventas. Es entendido, además, que las estipulaciones de este parágrafo no perjudicarán en manera alguna el funcionamiento de los almacenes de depósito que los Estados Unidos permitan establecer en la Zona del Canal. Los Estados Unidos continuarán extendiendo el privilegio de comprar en sus comisariatos y depósitos a los funcionarios diplomáticos extranjeros acreditados en la República de Panamá que el Gobierno de Panamá solicite específicamente.

2.—El Gobierno de los Estados Unidos continuará cooperando por todos los medios apropiados con la República de Panamá, en la prevención del contrabando a la República de artículos comprados en los comisariatos.

3.—Los Estados Unidos no permitirán que se radiquen en la Zona del Canal más empresas comerciales privadas que las existentes allí al tiempo de firmarse este Tratado. Esta estipulación de ninguna manera debe interpretarse como prohibitiva del establecimiento de los almacenes de depósito arriba mencionados, que son para el montaje, depósito, reembarque o distribución de artículos de comercio al por mayor y no al por menor ni del funcionamiento de las

compañías de cables, de aceite, de vapores u otras empresas que tengan relación directa con la construcción, funcionamiento, mantenimiento, saneamiento y protección del Canal.

4.—Con excepción de los huéspedes de los hoteles administrados por la Compañía del Ferrocarril de Panamá o por el Canal de Panamá, no podrá residir en la Zona del Canal ninguna persona que no esté comprendida dentro de las siguientes clases, a saber:

Jefes, empleados, artesanos u obreros de los Estados Unidos, del Canal de Panamá o de la Compañía del Ferrocarril de Panamá;

Contratistas que trabajen en la Zona del Canal y sus empleados, artesanos u obreros;

Jefes, empleados u obreros de Compañías que tengan derecho a hacer negocios en la Zonal del Canal, de acuerdo con el parágrafo 3 de este Artículo;

Colonos dedicados al cultivo de pequeñas parcelas; buhoneros, dueños y dependientes de pequeños establecimientos de comercio, dedicados a proveer a esos colonos y a otros empleados; y

Miembros de las familias y sirvientes domésticos de las personas antes mencionadas.

No se darán en arriendo, a plazo o con sujeción a desahucio, casas o habitaciones pertenecientes al Gobierno de los Estados Unidos o a la Cmopañía de Ferrocarril de Panamá, situadas en la Zona del Canal, a personas no comprendidas entre las clases exceptuadas.

5.—Con el objeto de cooperar al cumplimiento de las disposiciones de la ley panameña, los Estados Unidos convienen en no permitir el desembarque en los puertos de Balboa y Cristóbal, de mercancías consignadas a la República de Panamá, a no ser que las facturas y manifiestos que cubran esas mercancías sean legalizadas por los representantes consulares de la República de Panamá.

6.—El Gobierno de los Estados Unidos continuará dando a los comerciantes residentes en la República de Panamá las facilidades de que hoy gozan para hacer ventas a los buques que pasan el Canal, con sujeción siempre a sus reglamentos policivos y militares.

Artículo V

Habrá importación completamente recíproca y libre de artículos de comercio y mercancías en general del territorio de la Zona del Canal al de la República de Panamá y de la República de Panamá al territorio de la Zona del Canal, estipulándose, sin embargo, que ninguna mercancía introducida a la Zona del Canal para su venta en los Comisariatos o a los buques de acuerdo con este convenio, o para su distribución o reexportación por los almacenes de depósito, podrá entrar al territorio de la República de Panamá sin pagar los derechos de importación que la República haya establecido o establezca en lo futuro sobre mercaderías extranjeras, entendiéndose, no obstante, que los artículos comprados en los Comisariatos pueden entrar a la República de Panamá, libres de derecho de importación y de otros gravámenes, cuando sean de propiedad o para el uso de los jefes, agentes y empleados de los Estados Unidos, del Canal de Panamá y de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, que residan o que se hallen temporalmente en la República de Panamá, mientras prestan sus servicios a los Estados Unidos, al Canal de Panamá o al Ferrocarril de Panamá, y los efectos sean destinados a su propio uso y beneficio personal o de sus familias, del mismo modo que cualesquiera efectos que pertenezcan o sean usados por contratistas que estén actuando en la Zona del Canal, en servicio de los Estados Unidos, del Canal de Panamá o de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, o por representantes, agentes y empleados de tales contratistas y sus familias, siempre que esos efectos sean destinados a su propio uso y beneficio personal y que ellos residan o se hallen en la República de Panamá, mientras presten sus servicios en la Zona del Canal y además los efectos destinados al uso de los funcionarios diplomáticos y consulares de los Estados Unidos radicados en la República de Panamá.

(Seguirá en el cuaderno próximo).

Si hay cariño, habrá mutua comprensión y recíproca tolerancia

Madrid: 9 de noviembre de 1926.
Calle de Claudio Coello, 72.

Señor
Joaquín García Monge.
Costa Rica (S. J.)

Grande y buen amigo:

Recibo ahora aquí, como hasta hace poco en Caracas, y mucho se lo agradezco, la admirable Revista en que asila el pensamiento de nuestras Repúblicas, o mejor dicho, lo va encaminando, a través de una vasta y libre concurrencia de ideas, llegadas de todas las zonas, a una auténtica cultura americana.

Azorín, que fué la primera persona a quien encontré al poner planta en España, me habló cordialmente de la obra que Ud. realiza en su Repertorio, pero hizo hincapié en que lo que más le interesaba en él era lo que reflejaba los aspectos y matices de la vida americana, pues juzga que no se está, por aquí, suficientemente enterado de nuestro movimiento de ideas y de nuestras literaturas vernáculas. Desde luego, no todos confiesan, con la modestia de Azorín, que necesitan de más completas noticias para formarse un juicio acertado a este respecto, sino que en la situación super-dogmática del que se supone poseedor de un total conocimiento, afirma, como Américo Castro, que «todo Hispanoamérica junta, téngase muy presente, no posee científicos, escritores y artistas comparables a los de España. *(Revista de las Españas* N.° 2).

Razón, a mi entender, tiene Antonio Espina (¡oh, cuán aguda!) cuando al ponderar, con justicia, al chileno Edwards Bello y observar que «es la petulancia el morbo americano», añade, luego de dejar el consabido margen de excepciones, que «como defecto no es de lo más graves, ni dejan de tenerlo también, en alto grado, los intelectuales de Europa». *(Revista de Occidente* N.° 39).

Es más penoso, para nosotros, sentirnos heridos por el dardo de Ortega y Gasset, lanzado desde la cima de su indiscutible autoridad, cuando, impacientado en su serenidad filosófica por un burdo gacetillero, declara que ha hecho traducir libros, de la extraordinaria Biblioteca que dirige, «con la generosa intención de ampliar la mente hispano-americana, tan angosta, tan poco generosa, tan imprecisa». *(El Espectador.* IV. Página 126).

Y es lo peor, por sus consecuencias sociales, que si, como lo proclama impertérrito Ramiro de Maeztu (Conferencia en la Unión Ibero-americana, el 4 de noviembre de 1926) «es el orgullo la caracterísca del criollo indo-español», hasta el punto de asegurar que fué el motor único de nuestra independencia política, podría ese orgullo reaccionar en actitudes de igual índole, altisonantes o despectivas, y así acaso esa guazábara literaria concluyera desvinculando a la gran familia de habla hispánica, para goce y poderío de otras hegemonías.

A mi entender, es el actual momento de las relaciones hispano-americanas en extremo delicado, porque es el de pasar a mayor intimidad después de haber estado, largos años, si no dándonos la espalda, con la vista hacia otros horizontes, y bien sabido es que en la intimidad suele descubrir el prójimo defectos que la distancia velaba o disimulaba. No basta, a mi juicio, la inteligencia para entenderse mutuamente si el cariño no colabora a la mutua comprensión y a la recíproca tolerancia. Diría más, que no es sólo en las relaciones espirituales, entre españoles y americanos, donde debemos poner fina mesura y discreta crítica, sino en nuestras relaciones personales, para no lastimar, en el trato directo, lo que en nuestra sensibilidad se mantiene en forma de «patriotismo», si damos ese nombre a nuestras preferencias sentimentales por el medio o ambiente en que se embebió lo más profundo de nuestra existencia. Así procuro hacerlo, con retribución de cordialidad, mientras reposo unas horas bajo el viejo árbol Castellano, mirando el Sol naciente de nuestra América.

Créame su fiel amigo e invariable admirador.

Pedro-Emilio Coll

P. S. Lo autorizo para publicar estas líneas si lo creyese conveniente y con los fines culturales de Ud., de acuerdo.

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre un Cuestionario

Trujillo (Perú), abril 28 de 1926.

Señor don D. J. García Monge

San José de Costa Rica.

Estimado amigo:

Harto me alboroza unir mi humilde voz a tantas ilustres que se han articulado con efusión admirativa para aplaudir la gran empresa de cultura y de conexión espirituales que está usted verificando en nuestra América. Nadie ha realizado con tanta diafanidad, con tan libérrimo criterio, con tan ancho y difuso miraje, con tanta probidad y honestidad intelectuales, con tanta eficacia y con tan magnético dón de simpatía, con proyección más rotunda, integral, luminosa y lejana la tarea nobilísima de revelar, difundir, intercambiar y concordar el pensamiento americano. Magisterios de esta naturaleza son los que nos hacen falta. El Repertorio es una suerte de criba vital que separa la escurraja híbrida y esterilizante, de la sustancia nutricia, destinada a organizarse en un precipitado radiante que transparente ante el mundo, el mensaje mental y emocional de nuestra raza, como producto eliminado ya de lo pegadizo, extraño y espurio que ha determinado siempre ese confusionismo heteróclito de que somos víctimas. Para nosotros los americanos, sobre todo, es el espejo en que se reflejan nuestros valores vitales intrínsecos y característicos y, gracias a él, nos estamos sintiendo como elementos de un conglomerado espiritual que tiene una pulsación humana que revelar ante la tierra y ante las otras razas.

La juventud intelectual americana, de modo especial, reclama, perentoriamente, este magisterio. Nuestro Continente atraviesa un momento de singular responsabilidad y es preciso que mientras Europa se desarticula entre violencias y nacionalismos frenéticos, América se haga digna de recibir el legado espiritual que le asigna la historia. Si no tenemos la suficiente agudeza de sensibilidad histórica para asumir nuestro destino cósmico; si las mentes más lúcidas de nuestra raza se niegan a desempeñar el urgente ministerio de concordar y trabar nuestras fuerzas y nuestros valores vitales más positivos y auténticos, nos precipitaremos, tal vez, en la ruina definitiva, nos abismarenos en la desintegración, en la dispersión y en la demencia. Habremos sido, entonces, una raza estéril y parásita, un monstruoso pleonasmo histórico que vivió del reflejo y a expensas del pensamiento de las otras razas creadoras. ¿Qué habrá sido, entonces, América, sino un osario ultramarino, un contubernio étnico, repugnante e infecundo, una suerte de sumidero en que ha venido a podrirse la cultura occidental?

> **CUESTIONARIO**
> **que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América**
>
> Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Arguedas:
>
> 1.º—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?
>
> 2.º—¿No lee el público hispano-americano, o no le interesan sus escritores?
>
> 3.º—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

Con una intuición maravillosa ha emprendido usted la tarea de mayor desplazamiento histórico quizás. No creo que exista una sola inteligencia americana que no comprenda esto con excepcional acuidad. Es de esperar que su iniciativa suscite parecidos magisterios en los demás países porque es una necesidad que surge del momento inquietante y decisivo que vive el Continente.

Ahora me concretaré a las preguntas que plantea usted en su cuestionario, no sin agradecerle antes su delicada invitación para intervenir en la *Encuesta* del Repertorio.

1.º—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2.º—¿No lee el público hispanoamericano, o no le interesan sus escritores?

3.º—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

Voy a responder globalmente a las tres interrogaciones con otras tres afirmaciones que, a mi entender, explican cabalmente el fenómeno:

1.º—La gran masa del público americano de habla española no lee, y no lee porque no sabe leer, porque es analfabeto. Esta es la realidad fundamental y dolorosa. Con alguna que otra excepción, los gobiernos americanos carecen del sentido de la responsabilidad gubernativa, de un efectivo y auténtico sentido *político*. Porque política, en su significado verdadero, es *gobierno*, buen gobierno, y gobernar significa *educar*. Pero los gobiernos americanos *desgobiernan*, corrompen, explotan. Todo es no más llegar a asaltar el poder y llegados al poder, todo es asignar prebendas fiscales a los de la camarilla electorera, locupletar ellos mismos y permitir la locupletación a los capituleros que tuvieron más coraje y menos escrúpulo para falsificar las actas de sufragio o mixtificar el voto ciudadano. La historia es ya demasiado sabida, cuando no se llega a lo más inaudito, a *premiar* con el dinero público la delación, el homicidio, la traición, el asesinato cuartelario y sombrío. ¿Educar, enseñar? ¿quién piensa en ello? Los presupuestos se consumen en organizar la delación, en pagar numerosa policía secreta que persiga la conspiración y el *crimen* políticos, en asignados pecuniarios espléndidos para la inepta representación diplomática que nada representa; en satisfacer y sostener magníficamente al militar que puede alzarse un día contra el régimen imperante. Entre tanto, el maestro o el educador se muere de hambre y las escuelas, desmanteladas y antihigiénicas, no tienen un mal pupitre, ni siquiera, con frecuencia, media docena de mapas raídos. ¿Cómo se explica, de otra manera, que ochenta millones de habitantes no puedan sostener con decoro a un solo escritor de su raza?

2.º—La falta de contacto y de solidaridad racial. Cada uno de nuestros países vive almenado en un negativo torpe, y, a veces, hasta, frenético nacionalismo. Los gobiernos y la política profesional fomentan esta insolidaridad porque sólo pueden medrar a la sombra del rencor, de la desconfianza, del odio, de la suspicacia de los pueblos entre sí. En núcleos raciales tan homogéneos como los nuestros, en que no tienen sentido las luchas de fronteras y de aduanas, es precisamente donde más abundan. Por esto los escritores de un país son totalmente desconocidos en los otros países. Impera en nuestra vida un provincianismo o aldeanismo pavorosos que nos mantienen aislados unos de otros. Este nacionalismo llega a veces al absurdo. Cuando los jóvenes universitarios de esta Universidad de Trujillo designaron a Vasconcelos como maestro, el conservadorismo de mi país puso el grito en el cielo y motejó de antipatriotas a los estudiantes. No fué la clase popular, que simpatizó más bien con la actitud de los mozos, fué la seriedad académica y plutocrática, eran los mismos doctos catedráticos que dictan, sin embargo,

en las clases, derecho político y derecho americano.

Sólo una reducida minoría intelectual tiene vagas noticias de las actividades espirituales que se desarrollan en los otros países. No nos conocemos ni entre nosotros mismos, ¿cómo van pues, a conocernos y leernos las masas de nuestros pueblos que ignoran nuestros nombres y que no saben bajo qué ideas, bajo qué bandera o bajo qué fe militamos?

Casi no hay crítica ni información bibliográfica, que acerque el libro al pueblo, y si la hay es tan desmedrada y ciega que exalta lo mediocre y lo malo y, lo que es peor, confunde lo malo con lo bueno. Nuestro periodismo es mercenarismo y carece de autoridad moral para dirigir el gusto y el interés intelectual de sus lectores. Así se improvisan prestigios falsos y cada día el público desconfía más de la prensa. Carecemos de casas editoriales y, por consiguiente, de los instrumentos necesarios para la difusión. Es frecuente el caso de que el autor haga sacrificios pecuniarios para publicar sus obras en ediciones, limitadas, como es natural, a no ser que deje la pluma y coja la máquina de cálculo del comerciante.

Todo lo que fomente la disociación de nuestros pueblos es sencillamente criminal y de allí la obligación de que cada uno de nosotros nos convirtamos en apóstoles militantes de la solidaridad, del acercamiento y del conocimiento americanos. Todo esto y más se podría decir, pero temo abusar de la hospitalidad del REPERTORIO y de la paciencia de los lectores.

3.º—La literatura americana, salvando por cierto las excepciones gloriosas, ha sido hasta hoy servil reproducción de la literatura europea. Por eso ha carecido siempre de verdadero interés para las masas. Sólo en las últimas generaciones comienza a apuntar una tendencia racial que es privativa de nuestro espíritu y que trata de articular la voz y emoción nuestras. La América comienza a expresarse en su propia lengua y a revelar la visión cósmica que concreta sus realidades y sus esperanzas. La América comienza a crear su estética y se pueden ya pronunciar algunos nombres que pueden llamarse americanos sin sospecha. En lo sucesivo para conocer el pensamiento americano no bastará leer los libros europeos, será preciso leer los libros americanos. Esto es ya la iniciación y, entonces, tendremos derecho a que el público americano nos lea.

ANTENOR ORREGO

Dirección:
Diario *El Norte.*
Trujillo, Perú.

Del *Diario Inédito* de Julio Renard

(1900-1910)

24 de Julio

Guitry cuenta:

—Pasteur se presenta en casa de la señora viuda Boucicaut, la propietaria del *Bon Marché*. Se vacila en recibirle. «Es un señor viejo», dice la criada. «¿Será Pasteur el de la rabia de los perros?» La criada va a preguntar. «Sí», dice Pasteur. Entra y explica que va a fundar un Instituto. Poco a poco se anima, se hace claro, elocuente. «He aquí por qué me he impuesto el deber de molestar a las personas caritativas como usted. El menor óbolo...»

—Por supuesto — dice la señora Boucicaut, tan avergonzada como Pasteur. Y palabras insignificantes. Ella toma un cuaderno, firma un cheque, y lo ofrece doblado a Pasteur.

—¡Gracias señora!—dice.—Es usted muy amable.

Echa una ojeada al cheque y se pone a sollozar. Ella solloza con él. El cheque era de un millón.

Guitry tiene los ojos enrojecidos, yo un nudo en la garganta.

Y henos aquí hablando de la bondad, llenos de una bondad que se funde en nosotros y nos hace bien, antes ¡ay! de que lo hagamos con los demás.

6 de Julio

Nuestra bondad es nuestra maldad que duerme.

30 de Mayo

¿Nuestra alma inmortal, por qué? ¿Y por qué no la de los animales? Cuando las dos llamas se han extinguido, ¿qué diferencia hay entre la llama de una pobre candela y la de una bella lámpara complicada, elevada sobre un pie y cuya sombra se ensancha como una falda?

18 de Junio

La religión no debiera ser para los pobres nada más que alegría.

8 de Octubre

Los remordimientos que pasan con su vestidito de gendarme.

2 de Mayo

Amigos como un par de alas.

13 de Mayo

Quizá haya ramas en donde nunca se ha posado un pájaro.

8 de Junio

Dejan a su mujer ir a misa, contando con ella para excusarse cuando el sacerdote venga a su lecho de muerte.

Les dejan la libertad de creer, de ser beatas y de embrutecer a sus hijos, pero no les dejan la llave de la caja.

12 de Julio

Como un perro que se interrumpiera de ladrar para buscarse una pulga.

26 de Agosto

La sombra del arbol está a sus pies como una leve camisa.

15 de Octubre

No, gracias. Pasó la velada conmigo.

———

Alejandro Hepp. Uno de esos hombres que se creen filósofos, áticos, porque tienen una hermosa barba. El sabio es un hombre que tiene una hermosa barba y que se la cuida.

18 de Abril

En el Jardín de Aclimatación. ¡Cuán orgulloso se estaría de ser algo en la vida de este león, si nos hiciese la gracia de su intimidad, de su simpatía!

10 de Julio.

Cada vez que uno se hace fotografiar, cree que va a nacer un dios.

19 de Agosto.

Está por la libertad, pero es de esos hombres cuya nulidad da deseos de vivir con esclavos antes que con él.

29 de Agosto.

A Fantec[1]. Si te casas en la iglesia no digas, como tantos, que no te cuesta sino un esfuerzo de galantería, y que no sacrificas nada, en tanto que tu mujer haría el sacrificio de su salud eterna. No olvides que en la iglesia prometerás—sin tener la intención de mantener tu promesa—de

(1) Hijo de Julio Renard.

educar a tus hijos en la religión católica, apostólica y romana. Aunque sea a un sacerdote, no hay que prometer lo que se está decidido a no cumplir. No desprecies a tu novia hasta el punto de respetar una creencia que no está en ti: Lo que es un error para ti, no puede ser sino un error para ella. Ella está hecha para la verdad tanto como tú. No te imagines que todo pueda seros común: fortuna, alegrías, penas, fuera de el pensamiento común que es lo esencial. Sufrirás con la fé de tu esposa que le permitirá serte, casi toda entera, impenetrable.

Toma una mujer cuyo espíritu religioso—lo cual no significa religión—sea igual al tuyo. Convierte primero a tu novia, a menos que ella no te convierta. Tened el mismo camino de comprender a Dios, es decir el universo y vuestro destino. Si no es así, no te cases.

O bien, serás desgraciado, y ni siquiera sabrás porqué.

Traducido para el Repertorio Americano.

Fragmento memorable de Rudyard Kipling

De un discurso dicho hace algunos años a los estudiantes de la Universidad de McGill, en Montreal, Canadá

Cuando, para emplear una frase detestable, afrontéis la batalla de la vida, os encontraréis cara a cara con un dogma perfectamente arraigado, en virtud del cual se tratará de imponeros la creencia en el todo poderío de la riqueza. Esta concepción os envolverá y os dominará. Algunos de vosotros sucumbiréis al contacto de su esencia envenenada. Ahora, yo no os pido que huyáis de la vida activa y atormentada. Esto sería exigir de vosotros una fuerza superior a la del término medio de los hombres. Pero sí os pido que después de haber satisfecho vuestros primeros ardores por la lucha, os detengáis a respirar y consideréis un instante a vuestros camaradas.

Tarde o temprano, distinguiréis entre ellos a un hombre para quien la riqueza en sí nada significa, un hombre indiferente a los medios de amontonar riquezas y que no aceptará la plata si las condiciones para ganarla le repugnan. Desde luego sentiréis ganas de reiros de este hombre y de pensar que no tiene ideas sanas. Os propongo, sin embargo, que lo observéis atentamente, pues no tardará en demostraros que la plata ejerce un dominio absoluto sobre todo hombre, menos sobre él, que no la desea. Este hombre puede hallarse en vuestro caserío, en vuestra ciudad, en el mundo político, no importa adonde. Pero estad seguros de que doquiera y siempre, cuando tengáis algo que ver con él, su meñique tendrá más fuerza que todos vuestros músculos. Vosotros haréis todo lo que él quiera. Sin embargo, él no procederá como vosotros quisierais. Notaréis que no tenéis a vuestro servicio ninguna arma eficaz para atacarlo, y no hallaréis un solo argumento capaz de convencerlo. Por mucho que ganéis, el ganará más que vosotros.

Me gustaría que estudiaseis a ese hombre; me gustaría más aún que fueseis ese mismo hombre, pues considerando la cuestión desde los más bajos puntos de vista, nada sacamos con estar obsediados por el deseo de la riqueza. Si necesitáis ser más ricos por alguna razón impersonal, servíos de la mano izquierda para adquirir esta riqueza, pero guardad la diestra para la obra seria que tenéis que realizar en la vida. Si empleáis ambas manos en amontonar dineros únicamente porque son dineros, corréis el riesgo de veros obligados a rebajaros... y vuestro corazón estaría en un gran peligro. A pesar de todo, podéis alcanzar el éxito y adquirir enormes riquezas... Os advierto que entonces quedaréis señalados para que se diga de vosotros y se escriba que sois hombres hábiles... Y esta es una de las más terribles calamidades que pueden agobiar hoy a un hombre blanco, sano y civilizado!

(Trad. de gm).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica